



## LA DISPUTA POLÍTICA POR LA HEGEMONÍA DEMOCRÁTICA EN BOLIVIA<sup>1</sup>

### The political dispute for democratic hegemony in Bolivia

**Luis Miguel Uharte Pozas**

Universidad del País Vasco

[luismiguel.uharte@ehu.es](mailto:luismiguel.uharte@ehu.es)

#### Resumen:

Los principales bloques sociales que se han enfrentado en la arena política por la conquista del poder en Bolivia han apelado a un imaginario y a un discurso sustentado en el concepto de democracia, a pesar de que las definiciones de unos y otros han sido radicalmente antagónicas. El presente trabajo pretende desentrañar las variables fundamentales que han configurado la narrativa democrática de los diferentes bloques que han sido hegemónicos en la historia boliviana contemporánea (Revolución del 52, etapa neoliberal, gobierno del MAS), haciendo especial hincapié en las categorías estratégicas que han posibilitado la actual hegemonía del movimiento liderado por Evo Morales. Estado interventor, lógica redistributiva, participación popular, plurinacionalidad, descentralización y reivindicación ambientalista son los ejes que articulan el actual discurso hegemónico.

**Palabras clave:** Hegemonía democrática, Estado interventor, plurinacionalidad, descentralización

#### Abstract:

The struggle between the main social blocks for the conquest of political power in Bolivia has revolved around the concept of democracy, although the definitions given for them have been radically antagonistic. This work analyses the concept of democracy held by the various social blocks that have been hegemonic in contemporary Bolivian history (Revolution of 52, neoliberal stage, MAS government), while giving special attention to the strategic categories that have permitted the hegemony of the movement led by Evo Morales. An interventionist state, redistributive logic, mass participation, multi-nationality, decentralization and environmental demands are the axes which the current hegemonic discourse articulates.

**Keywords:** Democratic hegemony, interventionist state, multi-nationality, decentralization.

---

<sup>1</sup> Este texto es fruto de una estancia de investigación en Bolivia, que el autor realizó con el apoyo de la Universidad Mayor de San Andrés (UMSA) y la Universidad de El Alto (UPEA).

## 1. Introducción

El presente ensayo pretende realizar un análisis de la disputa política que diferentes bloques sociales han tenido a lo largo de la historia boliviana contemporánea, por detentar la hegemonía democrática en el país, desde la Revolución de 1952 hasta la actualidad, centrándonos con mayor profundidad en el momento presente bajo el gobierno del MAS (Movimiento Al Socialismo), sustentado en una articulación de movimientos sociales e indígenas y liderado por Evo Morales. A lo largo del trabajo se identifican las categorías estratégicas que configuran la narrativa democrática de los principales bloques de poder y especialmente las del actual gobierno.

Para desarrollar nuestra investigación hemos tomado como eje articulador del análisis el concepto de democracia y su evolución histórica en el marco de las Ciencias Sociales de América Latina, identificando las diferentes narrativas que han sido hegemónicas en cada periodo histórico. En términos metodológicos, las técnicas de investigación utilizadas han sido las siguientes: análisis de documentos, entrevistas personales y observación no participante. El análisis de documentación se ha nutrido de diferentes clases de textos: fuentes históricas y estadísticas, informes oficiales de instituciones públicas y privadas, estudios de otros investigadores y fuentes audiovisuales. En lo que respecta a las entrevistas, por un lado se han realizado entrevistas de tipo no estructurado a diversos académicos; por otro lado, la estancia en el país durante medio año ha permitido la práctica de la “entrevista informal” (Sabino, 2002: 108) a diferentes agentes del proceso (políticos, líderes sociales y económicos, cargos gubernamentales, etc.). Finalmente, la técnica de la observación se ha empleado generalmente en su versión “no participante”, a lo largo de los seis meses de residencia en el país.

Tras la presentación del capítulo teórico inicial, el trabajo se estructura en tres grandes apartados. El primero de ellos aborda los antecedentes históricos, realizando una breve caracterización de los principales órdenes políticos que impusieron su dominio hasta la victoria de la Revolución de 1952 (pre-colonial, colonial y republicano). El segundo se ocupa de identificar los ejes estratégicos que definieron a los dos grandes proyectos que hegemonizaron la vida política en la segunda mitad del siglo XX (nacionalismo revolucionario y neoliberalismo). El tercero, con mucho mayor detenimiento por ser el capítulo central, desentraña las variables estratégicas que dan sentido al actual proyecto de poder. El ensayo termina con un breve apartado de conclusiones y con las correspondientes referencias bibliográficas.

## 2. Narrativas democráticas en América Latina

Los debates teórico-políticos en América Latina en relación con la democracia a lo largo del último medio siglo han sido muy diversos en función del momento histórico. Entre las décadas del cincuenta y el setenta, aproximadamente, “el tema central del debate político-intelectual en América del Sur es la revolución”, según indica Nibert Lechner en su distinguido trabajo ‘De la Revolución a la Democracia’. Asegura el autor que la situación de la región “caracterizada por un estancamiento económico en el marco de una estructura social tradicional y, por otra parte, por una creciente movilización popular, es interpretada como un estado prerrevolucionario. Contrastando los cambios rápidos y radicales de la Revolución Cubana con los obstáculos que encuentra la modernización desarrollista” se plantea la “necesidad histórica de una ruptura revolucionaria” (Lechner, 1990: 17-8).

Sin embargo, el ocaso de las dictaduras de los años setenta y ochenta supuso un punto de inflexión en términos teóricos, ya que los antiguos debates en torno a la “revolución”, el “subdesarrollo”, y la “dependencia”, van a ser sustituidos por la reflexión acerca de la construcción de la democracia, como el propio Lechner se-

ñala: “Si la revolución es el eje articular de la discusión latinoamericana en la década del 60, en los 80 el tema central es la democracia” (Lechner, 1990: 17-8).

Los profundos cambios económicos y políticos que se producen en todo el mundo en esta época, influyen de manera decisiva en la discusión latinoamericana: el ocaso de las experiencias del denominado ‘socialismo real’ en la Europa del Este y en la Unión Soviética, la crisis estructural de los modelos socialdemócratas y ‘desarrollistas’ en el Viejo Continente y en América Latina y la irrupción de las recetas neoliberales en todo el planeta, redefinieron de manera radical el debate académico en la región. Este contexto es propicio para que las definiciones hegemónicas de democracia tengan un cargado sustrato liberal.

Desde la ‘transitología’, corriente dominante en este periodo, se deja claro que las nuevas conceptualizaciones sobre la democracia deben romper con las perspectivas hegemónicas de los años sesenta y setenta. Garretón, uno de los autores más referenciales, indica que en América Latina, la idea de democracia “ha estado siempre ligada a un principio ético de integración o democratización social”. Esto ha obligado a los diversos actores a buscar la legitimidad en la “realización de este principio”. Sin embargo, considera que es hora de superar esta visión, porque no se puede volver a caer en la “ingenua asociación entre economía y política que desde diversos ángulos se hacía en los sesenta” (Garretón, 1991: 24-35).

Durante la década del noventa, la extensión continental de las recetas del Consenso de Washington en lo económico favorece la colonización del debate político por parte del pensamiento neoliberal. En consecuencia, van cobrando fuerza las propuestas de ‘democracia de mercado’, que conciben la democracia como una combinación del más ortodoxo liberalismo económico y político (Krauze, 1986, 2003; Montaner, 2000; Vargas Llosa, 2001).

Los efectos negativos en el plano socioeconómico (pobreza, desigualdad, desempleo, empleo precario, etc.) que se detectaron en la región después del ensayo neoliberal de casi dos décadas, permitieron que un discurso crítico volviera a ocupar un espacio entre ciertos sectores académicos latinoamericanos. “La democracia volvía a ser interpretada con tintes socializantes, y se reclamaba mayor atención a las reivindicaciones y necesidades sociales urgentes de las grandes mayorías empobrecidas” (Uharte, 2009: 174).

Por un lado, lecturas de inspiración neo-socialdemócrata recobraron fuerza. Torres Rivas, por ejemplo, considera que “ahora, como antaño, hay que reformar el sistema”. Advierte que las políticas de ajuste estructural agudizaron la desigualdad, y por consiguiente, se torna más necesario que nunca “fuerzas políticas e ideológicas para consolidar la democracia política y darle una base social” (Torres Rivas, 2002: 223-233).

Por otro lado, con la entrada del nuevo siglo van ocupando un espacio cada vez más relevante narrativas de corte más rupturista, que adquieren mayor proyección gracias a las nuevas fuerzas políticas que acceden al gobierno en diversos países de América Latina. Algunos de los nuevos ingredientes que componen el recetario democrático serán: democracia participativa, democracia social y plurinacionalidad.

Categorías como “democracia participativa” empiezan a adquirir centralidad en el debate político y académico y a reivindicar un espacio, más complementario que antagónico, con su par de “democracia representativa” (Lander, 1996). Las propuestas más relevantes identifican la “participación ciudadana” como una herramienta para “democratizar la democracia”, en la línea de Boaventura de Sousa (2004). Se plantea combinar dos vertientes: la participación regulada desde el Estado y la participación articulada desde los movimientos sociales.

La “democracia social” aparece también como condición indispensable para abordar el debate democrático. Diversos autores la consideran un ingrediente sustancial en la redefinición del concepto de democracia y la consideran como un instrumento de medición para evaluar a los diferentes gobiernos en el apartado de políticas públicas de salud, educación, vivienda, asistencia social, etc. (Borón, 1993 y 2003; González Casanova, 1992 y 2002; Vilas, 1995). Esto significa que variables como el volumen de inversión pública, la universaliza-

ción del servicio y la gratuidad, se van a convertir en indicadores esenciales de la democratización social (Villas, 1995; Sottoli, 2002).

Otra variable fundamental de la nueva narrativa democrática es su traducción cultural a través de las propuestas de Estado plurinacional, fundamentalmente en realidades multiculturales y pluriétnicas. Acosta (2009a) plantea que la construcción de un Estado plurinacional es una necesidad democrática y una vía para su profundización, mientras que De Sousa (2009) considera que los conceptos de Estado plurinacional y democracia intercultural van de la mano y en el caso de los pueblos indígenas se materializan en el respeto a la soberanía territorial, económica, jurídica y educativa. Walsh (2009) asegura que lo plurinacional permite democratizar el Estado y avanzar hacia la descolonización.

### 3. Antecedentes históricos

#### 3.1. De Tiwanaku a la Colonia: proyectos políticos

Las sociedades y culturas que habitaron el actual territorio boliviano durante los siglos previos a la colonización española, se asentaron principalmente en las tierras altas, a pesar de la crudeza de las condiciones climáticas y geográficas. Según Herbert Klein (2001: 20), el “altiplano estaba bien articulado con las poblaciones bien densas de culturas avanzadas del Perú costeño central”, además de la existencia de amplias extensiones de tierra arables y su potencial ganadero.

En este espacio diferentes grupos étnicos ejercieron su poder político a lo largo de cientos de años. La cultura Tiwanaku, al sur del lago Titicaca, dominó la región desde aproximadamente el siglo VII hasta el XII de nuestra era, aunque su presencia data desde el 1.500 a.d.c. Los aymaras, tuvieron el control desde fines del siglo XII hasta la colonización española en el siglo XVI. La llegada de los inkas a mitad del siglo XV les obligó a organizarse “como provincia propia, conocida con el nombre de Qullasuyu”, dentro del llamado Tawantinsuyo, pero conservando en gran medida su organización política, económica y social (Klein, 2001: 28-35). Estamos ante sociedades poco estratificadas, notablemente igualitarias en el reparto de los recursos y con una fuerte lógica de reciprocidad, como apunta Xavier Albó (1990: 30-1).

Paralelamente, el sometimiento impuesto por el imperio inka contra los aymaras y otras etnias, desvirtuando el equilibrio de poder que podía existir, fue aprovechado por la colonización española para establecer alianzas con estos grupos y doblegar la dominación inkaika (Albó, 1990: 51; Klein, 2001: 45).

A su vez, la ocupación española generó una larga resistencia de más de cuarenta años (1532-1572), por parte de la población andina. El sistema colonial se sustentó en tres instituciones: la encomienda, la mita y la chacra-hacienda. Todas ellas son mecanismos de explotación y vías de transferencia de la riqueza del “sector indígena al sector colonizador” (Albó, 1990: 54-63).

El elemento decisivo del sistema de explotación colonial fue la extracción de plata de las famosas minas de Potosí, que durante un siglo (1570-1650) produjeron “la mitad de la plata” de toda América, además de posibilitar la fundación de una región autónoma: la Audiencia de Charcas (Klein, 2001: 48-67).

Nos encontramos por tanto, ante un sistema colonial de explotación laboral intensiva y subordinación absoluta a un poder político foráneo, lo cual se agrava aún más, con las reformas borbónicas y aumentos tributarios de mitad del siglo XVIII. Esto posibilita las rebeliones indias de 1780-1782, lideradas por Katari en Bolivia y por Amaru en Perú. Levantamientos que terminan siendo aplastados, pero que reflejan un antagonismo creciente entre las mayorías indígenas y la elite colonial.

### **3.2. La República oligárquica: 1825-1952**

La independencia de Bolivia se produce por la combinación de diversos factores ideológicos y materiales: la influencia de la revolución francesa y las independencias de Haití y Estados Unidos, la invasión francesa a la Península y el apoyo inglés contra España (Klein, 2001: 108-9).

La República que nace en 1825 se constituye desde el principio como un proyecto oligárquico y de sometimiento de las masas indígenas, como lo muestra el mantenimiento del tributo campesino colonial durante décadas, con el objeto de sustentar el Estado: “el tributo indígena va a significar en los ingresos del Estado boliviano, entre un 30 y un 50% del total, hasta los años 80” del siglo XIX” (Albó, 1990: 130-1). Luis Tapia (2010: 110), asegura que se “mantienen intactas las estructuras de propiedad y las estructuras sociales” del tiempo colonial, ya que continúa la propiedad monopólica de la tierra y las relaciones de servidumbre.

En este contexto, un proceso de gran relevancia es la sistemática expropiación de las tierras comunales y su posterior conversión en propiedad privada latifundista. Silvia Rivera (2003: 83) recuerda que la Ley de Exvinculación del siglo XIX se diseñó para “favorecer los intereses de un pequeño grupo de terratenientes” a pesar de su retórica que apelaba a los intereses generales y al “progreso”. Según datos de Albó (1990: 155), desde 1880 hasta la guerra del Chaco, la hacienda absorbió cerca de la mitad de las tierras originarias indígenas.

La República oligárquica tuvo dos fases políticas diferenciadas: una primera, que se prolonga hasta la Guerra del Pacífico (1879-1884)<sup>2</sup>, sin la existencia de un sistema formal de partidos y bajo el formato de gobiernos “caudillistas”; y una segunda que se agota tras el final de la Guerra del Chaco (1932-1935)<sup>3</sup>, donde el Partido Conservador y el Partido Liberal se alternan en la conducción del Poder Ejecutivo.

Los dos partidos eran expresión directa de las elites económicas: el Conservador defendía los intereses de la vieja oligarquía de la plata (Sucre) y el Liberal a los nuevos magnates del estaño ligados a Oruro y La Paz. La Guerra Federal (1899) supuso la sustitución de los conservadores por los liberales, y el desplazamiento del centro político y económico de Sucre a La Paz. La revuelta de los liberales se sustentó en gran medida en el apoyo del “ejército indio comandado por Zarate Wilka” (Rivera, 2003: 71), pero tras su victoria “desarmaron a las tropas indias y ejecutaron a sus jefes” (Klein, 2001: 177).

## **4. Las democratizaciones del siglo XX**

### **4.1. Nacionalismo revolucionario y desarrollismo (1952-1985)**

Diversos autores coinciden en identificar la derrota boliviana en la Guerra del Chaco como el punto de inflexión que desembocará en la caída del sistema oligárquico y la instauración de un nuevo orden político, social y económico. Klein (2001: 206), apunta que los jóvenes combatientes del Chaco, frustrados por la derrota, responsabilizaron a la elite política y económica de lo ocurrido.

---

<sup>2</sup> La Guerra del Pacífico (1879-1884) enfrentó a Chile contra Bolivia y Perú y trajo como consecuencia para Bolivia la pérdida de su salida al mar por Antofagasta.

<sup>3</sup> La Guerra del Chaco (1932-1935) enfrentó a Bolivia contra Paraguay y supuso la pérdida de una parte sustancial de ese territorio para el primero tras su derrota militar.

Bajo estas circunstancias surgen los nuevos partidos modernos, que sustituirán a los partidos tradicionales oligárquicos. Por un lado, nacen los de tendencia marxista y por otro los de inspiración nacionalista, siendo el más destacado el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR). Este es el punto de inicio de lo que Zavaleta (1981: 74-85) caracterizará como la “Bolivia moderna”, y el surgimiento del “Estado nacional”.

El “pensamiento nacionalista”<sup>4</sup>, como sugiere Di Franco (1986: 86), “surge del Chaco”, e inspirará a buena parte de los gobiernos en las siguientes cinco décadas. Los gobiernos militares de Toro y Busch (1936-39)<sup>5</sup>, son la primera expresión de esta tendencia, que se repetirá bajo la gestión de Villarroel<sup>6</sup> y cristalizará en su máxima expresión con el primer ejecutivo de Paz Estenssoro de la Revolución del 52.

La insurrección popular de abril de 1952, se convertirá sin lugar a dudas, en “el acontecimiento más extraordinario de toda la historia de la República” (Zavaleta, 1981: 98), y añadiríamos de todo el siglo XX, por sus múltiples repercusiones democratizadoras. Los grandes cambios políticos, económicos, sociales y culturales que trajo permitieron la instauración del primer ensayo profundo de democratización en siglos.

La proclamación del sufragio universal -por primera en la historia-, la nacionalización de las minas con su correspondiente control obrero, la reforma agraria, la participación de los trabajadores en el Poder Ejecutivo – cogobierno-, el desmantelamiento del Ejército represivo, la reforma educativa y la aprobación del Código de la Seguridad Social, son algunas de las principales transformaciones democráticas de la Revolución Nacional de 1952.

Paralelamente, los errores y las contradicciones que acompañaron al proceso casi desde sus inicios, limitaron su gran potencial transformador y determinaron su posterior caída. El apoyo al surgimiento de una burguesía agrícola en el Oriente (Zavaleta, 1981: 104), la homogeneización cultural y lingüística que excluía cualquier tipo de multiculturalismo (Rivera, 2003: 109), la incapacidad para crear una industria nacional que permitiera un proceso de ‘sustitución de importaciones’ (Huascar, 2002: 88), y la aplicación de diversos planes de ajuste económico de inspiración fondomonetarista, terminaron siendo decisivos.

Pero quizás la variable más determinante fue el sometimiento, desde el principio y de manera creciente, a las directrices de Washington. Uno de los primeros objetivos de Estados Unidos y de la dirección del MNR fue desmantelar las milicias obreras, reinstaurar el Ejército y colaborar en la formación de los oficiales (Di Franco, 1986: 109), que luego terminarán dando el golpe de Estado. Klein (2001: 244), asegura que el gobierno norteamericano presionó para que se indemnizara a los barones del estaño, además de insistir en la reducción del poder de la Central Obrera Boliviana (COB), y lograr la promulgación de un código petrolero favorable a sus empresas. Por otro lado, EE.UU. presionó para la aplicación de los diversos planes de ajuste, además de convertir a Bolivia en el mayor receptor de su ayuda en toda América Latina (Huascar, 2002: 89-90)<sup>7</sup>.

---

<sup>4</sup> El pensamiento nacionalista boliviano está íntimamente ligado a los ideólogos del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), principalmente, Carlos Montenegro (‘Nacionalismo y colonaje’, 2003) y Augusto Céspedes (‘Sangre de mestizos’, 1936).

<sup>5</sup> El general David Toro (1936-1937) nacionalizó la Standard Oil, creó YPFB y el Ministerio de Trabajo. El Teniente Coronel Germán Busch (1937-1939) sancionó el Primer Código de Trabajo, decretó el control de las exportaciones mineras y promulgó una Constitución de corte estatista (Fundación Huascar, 2002: 17).

<sup>6</sup> El gobierno de Villarroel fue acusado de nazi-fascista por Inglaterra y Estados Unidos, para justificar su derrocamiento. Durante su mandato aprobó la Ley de Fuero Sindical e impulsó la tributación a los magnates mineros (Di Franco, 1986: 86), además de contar con un amplio apoyo indígena-campesino (Rivera, 2003: 104)

<sup>7</sup> “Para mayo de 1955, según informaciones oficiales, la ayuda norteamericana a América Latina alcanzaba la suma de 52.500.000 dólares, de los cuales Bolivia recibió la cifra más alta de 18.500.000, seguida de Guatemala con 6.800.000 (ese año Arbenz había sido derrocado por Castillo Armas)” (Huascar, 2002: 171)



Para una caracterización más o menos rigurosa de la Revolución del 52 debemos recurrir a René Zavaleta. Según el autor, la “Revolución Nacional”, fue en efecto una “Revolución democrática, policlasista, nacional y agraria” (Zavaleta, 1995: 63). Considera que el carácter de una revolución no lo definen los sujetos que la protagonizan ni los objetivos previamente definidos, sino “las tareas que se ejecutan” en la práctica. Por ello, aunque la clase obrera tuvo un protagonismo determinante, fue la pequeña burguesía la que impuso un proceso de acumulación capitalista desde el Estado (Zavaleta, 1981: 101-4).

Para García Linera (2008a: 358), la Revolución de 1952 supone un proceso de democratización y paralelamente de homogeneización cultural (mestizaje y castellanización), además de un enfoque de democracia de tipo “liberal”, “en medio de una sociedad portadora de otros sistemas tradicionales de organización política” (comunitaria).

Lo que parece indudable es que la Revolución de 1952 es la expresión de un tiempo histórico que trasciende el marco geográfico boliviano, y que bebe de las nuevas teorías hegemónicas que desplazan al pensamiento liberal que dominó la región hasta la crisis de los años treinta. En este sentido, el pensamiento desarrollista con su propuesta de industrialización sustitutiva y de desarrollo hacia adentro dota de contenido al nuevo modelo instaurado por los revolucionarios del 52, junto a las recetas redistributivas de la propuesta ‘nacional-popular’, y en menor medida a ciertas ideas de inspiración marxista.

Las nacionalizaciones, el Estado interventor, la reforma agraria, la expansión educativa, y la extensión de derechos sociales, son la materialización fáctica de ese ideario desarrollista y nacional-popular. La cogestión obrera y el co-gobierno con los sindicatos, paralelamente, son la vertiente más radical y marxista del proceso boliviano<sup>8</sup>. En este tiempo, no se hablaba explícitamente de democracia, sino de Revolución, aunque los contenidos democratizadores fueron indudables. Este fue el proyecto que detentó la hegemonía hasta el golpe militar de 1964.

El golpe del 64, aunque contó con el auspicio de los Estados Unidos y tenía como objetivo arrasar con el movimiento obrero, no supuso una ruptura del modelo desarrollista. De hecho, como acertadamente señala Albó (1990: 239), el “populismo barrientista” asume el poder argumentando que va a “enderezar” la “revolución traicionada”. El nuevo régimen se apoya en un movimiento campesino que había sido cooptado tras la reforma agraria y que se subordina a través del ‘Pacto Militar-Campesino’<sup>9</sup>, sirviendo a su vez como contrapeso al movimiento obrero (Albó, 1990: 247-50).

Los gobiernos militares de Ovando (1969-1970) y Torres (1970-1971), fueron un intento por rescatar “los contenidos democráticos, populares y antiimperialistas de la revolución nacional del 52”, con medidas como la nacionalización de la Gulf Oil Company y la convocatoria a la Asamblea Popular (Rivera, 2003: 145), pero el golpe del general Banzer volverá a restituir la orientación reaccionaria. Bajo su gobierno (...) se produce el trasvase “de manera sistemática del excedente capturado por el estado para financiar a la burguesía indus-

---

<sup>8</sup> La fortaleza inicial del movimiento obrero y de la COB permitieron que la Revolución aplicara medidas mucho más radicales que lo que hubieran estado dispuestos los líderes más moderados de la dirigencia del MNR. La nacionalización de las minas sin indemnización y con control obrero, las milicias obreras ejerciendo las funciones de ejército estatal, el cogobierno MNR-COB que paso de 3 a 5 ministros obreros (Huascar, 200), y en síntesis la vigencia del ‘poder dual’ (Zavaleta, 1995), son la expresión más genuina de un proceso que en sus 3 primeros años trascendió su carácter netamente desarrollista.

<sup>9</sup> “El Pacto Militar-Campesino fue diseñado como una estructura institucional de enlace entre el sindicalismo parastatal y el ejército, para sustituir a la articulación sindicato-partido-Estado vigente durante el periodo del MNR” (Rivera, 2003: 144). “El fundamento del Pacto Militar-Campesino fue el arrasamiento del movimiento obrero” (Zavaleta, 1981: 120).

trial del oriente” (Tapia, en García Linera et al, 2010: 115), que a partir de ese momento se convierte en un grupo de poder relevante en la vida política y económica boliviana.

El Ejecutivo liderado por Siles Suazo (1982-1985) será el último ensayo por conservar el modelo ‘desarrollista’ que se había agotado tras más de tres décadas ostentando la hegemonía. La crisis de la minería, el declive de la producción petrolera y agraria y la hiperinflación tumbaron al gobierno (Klein, 2001: 270-1) y decretaron el fin de una época.

#### **4.2. La hegemonía neoliberal (1985-2000)**

Álvaro García Linera (2008c: 162-192) identifica la “marcha por la vida de agosto de 1986” como uno de los sucesos “que parte la historia social boliviana en dos segmentos”, por el hecho de producirse lo que él denomina como “la muerte de la condición obrera del siglo XX”. Esa clase obrera que había sido fundadora de un sentido de “ciudadanía sumamente democratizadora”, era derrotada junto con su correlato institucional: el Estado nacionalista. Se inicia un “ciclo de derrotas” en el que “frente a una iniciativa arrolladora de las clases pudientes, las clases subalternas no atinan más que atrincherarse en la evocatoria de antiguos pactos sociales”. Se anunciaba, según Linera, “la reestructuración despótica de la relación entre capital y trabajo”. El proyecto de Estado y el modelo democrático que habían sido hegemónicos durante tres décadas iban a ser sustituido por un nuevo proyecto de país.

La victoria de Víctor Paz Estenssoro –el antiguo líder de la revolución reconvertido al neoliberalismo- en las elecciones de 1985 van a dar el pistoletazo de salida al nuevo modelo, que sustituye el “nacionalismo económico” y el “capitalismo estatal” por los “principios del liberalismo económico”. Su Plan de ajuste se concreta en la reducción del gasto público, la privatización –principalmente el desmantelamiento de la minería estatal-, la desregulación de los mercados y la apertura externa (Stefanoni y Do Alto, 2007: 11). Los gobiernos que le suceden<sup>10</sup> mantendrán la orientación neoliberal durante casi dos décadas.

Luis Tapia (2010a: 115-6), asegura que durante estos veinte años, el estado boliviano se encontraba “en una situación instrumental en el sentido estricto del término”, ya que “los miembros de la clase económicamente dominante se convirtieron en la cabeza del ejecutivo, fueron presidentes, ministros, senadores, diputados”, etc. Caracteriza a este periodo como de “presidencialismo colonial”, dada la “composición clasista de los sujetos gobernantes y sus vínculos con poderes transnacionales y otros estados del mundo”, y la “organización de condiciones legales para la entrega de los recursos naturales”.

El nuevo bloque social de poder, que disfrutó de la hegemonía durante tres lustros, tuvo que hacer frente a las demandas del incipiente movimiento indígena organizado, que para ese momento ya había sustituido como expresión mayoritaria de los sectores populares al viejo sindicalismo nacionalista. Las diversas expresiones del katarismo<sup>11</sup> y el pujante movimiento cocalero<sup>12</sup> lideraron la lucha reivindicativa cargada de fuertes componentes indigenistas.

---

<sup>10</sup> Jaime Paz Zamora (1989-1993), Gonzalo Sánchez de Lozada (1993-1997), Hugo Banzer (1997-2001), Jorge Quiroga (2001-2002), Gonzalo Sánchez de Lozada (2002-2003)

<sup>11</sup> A finales de los años sesenta surge el katarismo como expresión de sectores indígenas aymaras que apuestan por construir un movimiento indigenista propio y alejado del control de la izquierda blanca y mestiza. De su seno surgirán partidos políticos indios (MRTK y MITKA) y la Confederación Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia (CSUTCB). Una de las figuras más influyentes en el katarismo fue el escritor indianista Fausto Reinaga (“La Revolución india”, 1971).



La respuesta del Estado, en palabras de Silvia Rivera (2003: 13) fue la incorporación de “la retórica de lo pluri-multi”, y la implementación de una serie de reformas a mediados de los años noventa, como la reforma constitucional de 1994 que definía al país como “multiétnico y pluricultural”, la reforma educativa que otorgaba un espacio al “principio de la interculturalidad y el bilingüismo”, y la ley de participación popular que reconocía “jurídicamente a las comunidades originarias” y posibilitaba la elección directa a nivel municipal (Albó, 2008: 48-50). Para García Linera (2008b: 387), detrás de todas estas reformas hubo un objetivo explícito de cooptar y fragmentar al movimiento indígena.

Sin embargo, el propio Linera reconoce que durante quince años, “los dispositivos de verdad que articulaban expectativas, certidumbres y adherencias prácticas de importantes sectores de la población, fueron las ofertas de libre mercado, privatización (...) y democracia liberal representativa”. Efectivamente, el proyecto neoliberal tuvo rasgos ciertamente hegemónicos, porque logró una aprobación mayoritaria interclasista: “clases altas, clases medias y subalternas urbanas, estas últimas vaciadas de las expectativas y adherencias al Estado protector y al sindicato por centro de trabajo, creyeron ver en esta oferta de modernización una nueva vía de estabilidad y ascenso social” (García Linera, 2008e: 341). El proyecto neoliberal no sólo era un modelo económico sino también una propuesta con su correlato político que se autodefinía como democrático, con un amplio respaldo social durante década y media.

Sin embargo, los resultados ofrecidos por el modelo no cumplieron las expectativas y se inició la crisis de hegemonía. El crecimiento del PIB fue menor que en la época desarrollista (3,1% frente al 5,6% de media), la tasa de desempleo pasó del 3% en 1994 al 13% en 2003, el Banco Mundial reconoció que se produjo un incremento constante de la desigualdad (García Linera, 2008a: 351-2), y la informalidad y la explotación laboral aumentaron (García Linera, 2008e: 341-2). El proyecto de “democracia neoliberal” empezaba a sufrir una interpelación creciente de sectores ciudadanos cada vez más mayoritarios.

## 5. La hegemonía democrática en el siglo XXI boliviano

### 5.1. Crisis de modelo y ‘empate catastrófico’

El denominado ‘ciclo rebelde’ (2000-2005)<sup>13</sup>, tras quince años de relativa ‘paz social’, supone un punto de inflexión histórico y más concretamente el quiebre de la hegemonía del proyecto neoliberal, (Gutiérrez, 2008: 17; Iglesias, Errejón y Espansandín, 2007: 12) y de su correlato ‘democrático’.

Nos encontramos ante una crisis estructural, que podría incluso caracterizarse como ‘sistémica’. Por una parte, tenemos una crisis que no es “meramente un problema de gobernabilidad”, sino una “crisis de Estado”, que se expresa en una triple combinación: “crisis de las ideas-fuerza del Estado, crisis de las instituciones estatales y crisis de la correlación de fuerzas”. A su vez, esta crisis estatal es de doble línea temporal: una “crisis corta”, del actual Estado neoliberal, y una crisis de “larga duración”, del Estado republicano neocolonial (García Linera, 2008a: 356-7).

---

<sup>12</sup> A partir de mediados de los ochenta el movimiento cocalero se fortalece por dos razones: por la llegada de grandes contingentes de relocalizados tras el cierre de las minas y por la ley 1008 de control de la coca, impulsada por los Estados Unidos (Albó, 1990: 296).

<sup>13</sup> El ciclo rebelde (2000-2005) alude al periodo de rebeliones populares e indígenas contra el modelo neoliberal, destacando entre otras, la Guerra del Agua (2000), los levantamientos aymaras del altiplano (2000, 2001, 2003), la resistencia de los cocaleros del Chapare y la Guerra del Agua (2003).

Esta crisis estructural expresa también una crisis de la legitimidad del Estado que empieza a perder el monopolio de la autoridad en diversos territorios. Según García Linera (2008e: 339-40) el “Estado neoliberal” se enfrenta a “órdenes institucionales fragmentados y regionales” que le “arrebatan el principio de autoridad gubernativa”. En ese momento, coexistían “dos sistemas institucionales” en regiones como el Chapare, los Yungas, Norte de Potosí, el Altiplano paceño: la institucionalidad estatal y la institucionalidad comunal local.

La crisis profunda del otrora proyecto hegemónico neoliberal permite el surgimiento de “nuevas ideas-fuerza” que comienzan a aglutinar cada vez a más sectores sociales. El “nacionalismo indígena”, la recuperación de los recursos públicos privatizados, la “ampliación de la participación social y la democracia a través del reconocimiento de prácticas políticas no liberales de corte (...) asambleístico y tradicionales, son convicciones que están desplazando las fidelidades liberales y privatizadoras” (García Linera, 2008b: 342). Se percibe, por tanto, la expansión de un nuevo discurso y concepto democrático.

La Guerra del Agua del año 2000 supone la primera victoria popular contra el neoliberalismo, tras quince años de derrotas y abre el citado ciclo rebelde donde los movimientos indígenas se convierten en “poblaciones estratégicas” (Mamani, 2004: 7) del proceso de cambio. La Coordinadora del Agua de Cochabamba se planteaba dos objetivos de claro corte anti-neoliberal: revertir la concesión del servicio de aguas otorgado a una transnacional y frenar la aprobación de la privatizadora ley de aguas. Lo realmente reseñable, en términos de un nuevo tipo de proyecto democrático era, según Raquel Gutiérrez (2008: 75), que la Coordinadora “inauguró un modo distinto de hacer política”, de “manera directa”, teniendo como horizonte la “gestión social” de un recurso público. Las nociones básicas de este horizonte eran “comunidad y autogestión”<sup>14</sup>.

Otro de los episodios más importantes del ‘ciclo rebelde’ es la secuencia de levantamientos aymaras en el altiplano (2000, 2001 y 2003), donde la lógica comunitaria impregna la movilización e interpela a la lógica liberal y excluyente del Estado neoliberal. Uno de los ejes más significativos de estos levantamientos fue “el desplazamiento de las instituciones estatales y el ejercicio autonómico de facto sobre vastos territorios aymaras” (Gutiérrez, 2008: 127). Se refleja aquí, por tanto, la citada sustitución de la institucionalidad estatal por la institucionalidad comunitaria<sup>15</sup>. En este sentido, la declaración de “estado de sitio indígena en todo el territorio de Bolivia” por parte de la CSUTCB en septiembre de 2001 tiene un gran poder simbólico por la constatación de un “gobierno indígena” en zonas importantes del territorio nacional (Mamani, 2004: 131-2), donde el Estado no tiene autoridad real.

Un territorio de indudable referencia en términos de resistencia a la “democracia neoliberal” y que jugó un papel relevante antes y durante el ‘ciclo rebelde’ fue el Chapare (Cochabamba), por la capacidad de lucha y de autonomía del movimiento cocalero. Dos variables fueron determinantes para el crecimiento y fortalecimiento de los cocaleros: por una parte, la segregación económica generada por las políticas neoliberales que terminaron abocando a miles de campesinos a la producción de coca, por ser prácticamente el único cultivo con salida factible en el mercado<sup>16</sup>; por otra parte, por la política represiva inducida por Estados Unidos y aplicada obedientemente por los diferentes gobiernos de turno bolivianos, desde 1985 en adelante.

---

<sup>14</sup> El comunicado de la Coordinadora del Agua de Cochabamba del 20 de enero de 2000 es muy relevante en cuanto al modelo de democracia que reivindican: “Nosotros en relación al agua, queremos decidir por nosotros mismos: a eso le llamamos democracia” (Gutiérrez, 2008: 86).

<sup>15</sup> “El sistema estatal de autoridades (subprefecturas, corregidores, alcaldías, retenes policiales, administración estatal) fue disuelto en todo el área de movilización comunal (Sorata, Cambaya, Achacachi, Huarina, Ancoraimas, Pukarani, etc.) y reemplazado por un complejo sistema de autoridades comunales” (García Linera, 2008d: 319-20).

<sup>16</sup> Xabier Albó (1990: 285-7) nos recuerda que la población del Chapare aumentó exponencialmente tras la puesta en vigencia del nuevo modelo neoliberal, que dejó sin empleo a miles de trabajadores tras el cierre de las minas del Esta-

Efectivamente, la lucha cocalera hay que situarla y entenderla “como respuesta a la llamada estrategia de ‘guerra contra las drogas’ patrocinada por el gobierno de los Estados Unidos”. El gobierno de Paz Estenssoro, militarizó el Chapare e inició la política de erradicación de cultivos en 1986 con el ‘Plan Trienal’ y dos años después, promulgó la famosa Ley 1008, que declaraba ilegal una gran parte de las zonas de producción. La fuerte represión facilitó que las seis federaciones de productores de coca se unificaran, creando el germen de lo que posteriormente será el núcleo fundacional del MAS (Gutiérrez, 2008: 156-62).

A lo largo de la década de los noventa la resistencia se incrementa y se realizan dos marchas importantes: la ‘Marcha por la coca, la vida y la soberanía’ (1994) y la ‘Marcha de las mujeres en defensa de la coca’ (1995). En estos años, según Raquel Gutiérrez (2008: 161), el movimiento cocalero enfrentó “dos pilares de la denominación neoliberal”: el “libre mercado” y la “democracia formal”. Se percibe, de nuevo, una interpelación desde los movimientos sociales emergentes al modelo de democracia todavía hegemónico para esa época.

En el marco del ciclo rebelde, la lucha de los cocaleros se intensifica y se articula con el resto de resistencias sectoriales (guerra del agua, levantamientos aymaras, etc.), coadyuvando en el proceso de desgaste del modelo vigente. El momento más álgido se produce en enero de 2002, cuando los cocaleros toman el mercado de coca de Cochabamba, en repudio al decreto del gobierno de Jorge Quiroga que prohibía la venta en dicho lugar. La muerte de un policía y un militar, además de la de cuatro campesinos, provoca la acusación parlamentaria contra Evo Morales como supuesto autor intelectual de las muertes, y su posterior expulsión del Congreso (Gutiérrez, 2008: 178-80). Esta decisión, en lugar de debilitar al dirigente cocalero lo posiciona como “un líder nacional”, como “un representante de los excluidos” (Stefanoni y Do Alto, 2007: 41), y termina ocupando el segundo lugar en las elecciones presidenciales de junio de 2002, con casi un 21% de los votos. Un resultado que certifica aún más la crisis de hegemonía del modelo de democracia instaurado desde mediados de los años ochenta.

Un acontecimiento del ciclo rebelde que se traduce como una de las derrotas decisivas del proyecto hegemónico, es la ‘Guerra del Gas’ del año 2003, por la capacidad que muestra el movimiento popular articulado para tumbar el gobierno de Gonzalo Sánchez de Lozada. El rechazo inicial a la venta de gas al extranjero a través de puertos chilenos, desemboca en una movilización nacional que termina cercando La Paz y obligando a renunciar al Presidente, tras una masacre militar que produjo más de setenta muertos.

Las dos reivindicaciones que se funden en la guerra del gas son una expresión tangible del nuevo modelo democrático y emergente, que va siendo asumido por una mayoría cada vez más sólida del país. ‘Gas y constituyente’ aluden a “los contenidos por los que la población sencilla y trabajadora en Bolivia venía luchando desde el año 2000”, y se traducen en “recuperación de la riqueza pública” o de los “bienes comunes enajenados” y reorganización completa de los “modos de regulación política”, con énfasis creciente en la necesidad de la intervención social directa en los asuntos públicos (Gutiérrez, 2008: 222).

El Movimiento Al Socialismo (MAS), como articulación política de esa mayoría social que reclamaba un nuevo modelo democrático, manejaba con suma nitidez un discurso que apelaba a otro tipo de democracia. El comunicado emitido en el contexto de la guerra del gas es muy relevante en este sentido. Se realiza un llamamiento para “defender la democracia”, pero desde narrativa post-neoliberal, exigiendo que “nos dotemos de un nuevo orden institucional democrático”, que no se reduce al mero ejercicio del voto, sino que se practica “todos los días”, haciendo respetar los “derechos humanos” (Gutiérrez, 2008: 227).

La reflexión de Pablo Mamani (2004: 154) resulta también muy ilustrativa de las dos concepciones de “democracia” que estaban enfrentándose y disputándose la hegemonía: “el gobierno había denunciado en días an-

---

do. El nuevo modelo provocó el aumento de los cocaleros por la falta de alternativa laboral en otros rubros agrícolas o industriales.

teriores que las movilizaciones sociales eran parte de un complot contra la democracia. Las movilizaciones sociales se encargan de desmentirlo, porque en las calles se expresa un total apoyo a la democracia (...) Por el contrario, se hace muy notorio que es el gobierno el que ha atentado contra la democracia porque hay más de 76 muertos en nueve días”.

La crisis iniciada en el año 2000, con la apertura del ‘ciclo rebelde’, desemboca en la etapa que García Linera ha bautizado como ‘empate catastrófico’<sup>17</sup>. Este se caracteriza por la imposibilidad de que ninguno de los dos bloques sociales (el dominante y el ascendente) con sus propios proyectos de país, pueda imponer su voluntad (García Linera, 2008f: 26).

La caída de Sánchez Lozada escenifica el comienzo del ‘empate catastrófico’ y la efímera presidencia de Carlos Mesa se convierte en el punto más álgido de esta etapa. Éste terminará renunciando a mediados de 2005, por la presión creciente de los dos bloques sociales en pugna. Su “proyecto de contención” fracasa (Gutiérrez, 2008: 275), porque no era funcional ni al bloque emergente popular ni al bloque dominante del oriente<sup>18</sup>. Estamos, por tanto, ante el ‘empate catastrófico’ de los dos proyectos en lucha por la hegemonía democrática, que van a medir sus fuerzas en las elecciones de diciembre de 2005.

## 5.2. Una nueva hegemonía democrática

El bloque social emergente que va a lograr la victoria en las elecciones presidenciales de 2005 y que se articula en torno las siglas del MAS y al liderazgo de Evo Morales, era para entonces expresión de una hibridación ideológica con gran potencialidad hegemónica. García Linera (2006: 25-32) caracteriza a este bloque como un espacio para la “auto-representación de los movimientos sociales” y de la “sociedad plebeya”, reconstruyendo la identidad indígena desde una nueva óptica “contemporánea” y “flexible”<sup>19</sup>, rescatando el ideario nacionalista pero bajo una versión multicultural y no homogénea, y reivindicando un proyecto post-neoliberal sustentado en la recuperación de los recursos naturales.

Por tanto, la victoria de Morales y el MAS en las presidenciales de diciembre de 2005, “es más que un relevo institucional”, es sobre todo, “una sustitución del bloque social dominante por una hegemonía emergente que se puede caracterizar como ‘indígena-popular’ (Errejón, 2008: 3); es a su vez, “una derrota intelectual y moral” de las “elites neoliberales que dirigieron el país desde 1985” (Stefanoni y Do Alto, 2007: 61). Este triunfo se debe en gran medida, a la defensa por parte del MAS de una serie de demandas sociales que constituyen los pilares de su propuesta de gobierno y los ingredientes básicos del nuevo proyecto democrático ascendente: asamblea constituyente, nacionalización de los hidrocarburos y rescate de la soberanía nacional.

---

<sup>17</sup> El concepto de ‘empate catastrófico’ que García Linera utiliza es un concepto originario de Antonio Gramsci.

<sup>18</sup> Carlos Mesa se vio acorralado por el MAS y el movimiento popular en general, por la presión en torno a la nueva Ley de Hidrocarburos. A su vez, la elite cruceña lo arrinconó aún más con sus demandas autonómicas y de precios del diesel (Gutiérrez, 2008: 279)

<sup>19</sup> Para García Linera (2006: 27), el indianismo que propone Evo Morales “es ante todo cultural y por ello puede convocar a sectores más amplios de la nación para incluirlos en un proyecto renovador”, mientras que “el indianismo radical aymara” termina siendo “excluyente”. Albó (2008: 83), considera que el proyecto del MAS es más incluyente, incluso para estratos medios urbanos, mientras que el proyecto ‘aymara’ de Felipe Quispe es de un “Estado excluyente”. El mismo autor, apunta que el éxito electoral en Bolivia radica en combinar la identidad de clase con la étnica, sin excluir una ni otra (Albó, 1990: 264). Sivak (2008: 132) rescata una entrevista que realizó a Quispe en 2001, cuando éste le aseguró que “reemplazaría el ministerio de Asuntos Campesinos por el de Asuntos Blancos y crearía una reserva de blancos en La Paz”. Stefanoni (2007: 49), asegura que Evo y no Quispe accedió a la presidencia porque logró “articular un proyecto nacional frente a la perspectiva aymara-céntrica”.

En la toma de posesión simbólica ante los pueblos indígenas en Tiwanaku, Evo Morales afirmó: “estamos ante el triunfo de una revolución democrática y cultural” (en Harnecker, 2008: 14). Esta caracterización del proceso de cambio, por parte de su líder principal, como una revolución “democrática”, evidencia la centralidad del concepto en dos vertientes: por un lado, certifica la relevancia que hoy día ha adquirido la reivindicación de la democracia como aspiración y horizonte de cambio en muchos procesos de transformación en el continente; por otro lado, no deja lugar a dudas que la inspiración del proceso de cambio en Bolivia proviene de un deseo de instauración de un nuevo modelo democrático<sup>20</sup>.

El proceso constituyente se va a convertir en el eje articulador de todo el proceso de cambio durante los dos primeros años y el marco privilegiado donde se escenifique la pugna entre los dos bloques de poder, que continuaban inmersos en el citado contexto de ‘empate catastrófico’.

Uno de los bloques es el que acababa de asumir el Poder Ejecutivo, caracterizado como indígena-popular, tanto en su vertiente rural como urbana, y con “un proyecto de país diferenciado”, que se resumía en una propuesta de economía “centrada en el mercado interno”, otorgándole un papel relevante al Estado. El otro bloque, anclado en la zona oriental del país, reivindicaba una vinculación “a los mercados externos”, y una fuerte centralidad de la inversión extranjera, además de la “subordinación del Estado a los negocios privados”, dejando patente su deseo por restaurar el “viejo orden”. La identidad movilizadora de los primeros, era fundamentalmente étnico-cultural, mientras que la de los segundos era territorial<sup>21</sup>. La polarización se expresaba en tres planos que interactuaban: “de base étnico-cultural (indígenas vs q’aras-gringos), de base clasista (trabajadores vs empresarios) y de base regional (occidente vs oriente-media luna)” (García Linera, 2008e: 347-8).

El eje discursivo del bloque liderado por la elite del oriente se centraba en la vieja reivindicación autonómica<sup>22</sup>, que era rescatada para intentar frenar el proceso de cambio y restaurar el modelo neoliberal que ellos mismos habían instaurado y conducido, durante más de dos décadas. La argumentación que utilizaban para explicar el deterioro económico y social se plasmaba en una crítica feroz al “centralismo”, y no al neoliberalismo (García Linera, 2008a: 367-70). Paralelamente, el discurso autonomista era combinado con otro discurso cargado de un fuerte “racismo colonial”, donde se establecía una diferencia radical entre el occidente indígena, pobre, tradicional y atrasado y el oriente blanco, moderno y emprendedor.

El ‘empate catastrófico’ entre los dos bloques en lucha se terminará superando en la segunda mitad del año 2008, cuando el bloque social emergente (indígena-popular) derrote al bloque social ‘oligárquico’, y ponga las bases para la instauración de una nueva hegemonía democrática. A este momento histórico, “a partir del cual

---

<sup>20</sup> Evo Morales recuerda que el principal consejo que le dio Fidel Castro en un encuentro en La Habana en 2003, fue el siguiente: “No hagan lo que nosotros hemos hecho. Hagan una revolución democrática. Estamos en otros tiempos y los pueblos quieren transformaciones profundas sin guerras” (citado en Sivak, 2008: 109).

<sup>21</sup> “En el caso del polo de izquierdas, la identidad movilizadora es predominantemente étnico-cultural (lo nacional-indígena), en torno a lo cual la identidad propiamente obrera o bien queda disuelta (en un tipo novedoso de obrerismo indígena), o bien complementa secundariamente su liderazgo (COB, fabriles, cooperativistas). En el caso del polo de derechas, la identidad movilizadora y discursiva es de corte regional, de ahí la importancia de los comités cívicos en la articulación de estas fuerzas conservadoras” (García Linera, 2008e: 347-8).

<sup>22</sup> Las demandas por autonomía y descentralización son de vieja data. Surgen en los “años sesenta del siglo XIX en torno a las diversas propuestas de federalismo”. Reaparecen a principios del siglo XX en las críticas al Estado por “el abandono de las regiones del oriente” y vuelven a tomar fuerza en la década del cincuenta en el marco del debate en torno a las regalías del petróleo. En los años ochenta y noventa, son reconducidas con la Ley de Participación Popular y la “integración mayor de las elites regionales, especialmente cruceñas, en la estructura del Estado” (García Linera, 2008a: 367).



el Estado se estabiliza”, García Linera (2010: 34) lo ha definido como el “punto de bifurcación”<sup>23</sup>. Este ‘punto de bifurcación’ según García Linera (2010: 16) tuvo “tres momentos de despliegue interdependientes”: un primer momento de “despliegue electoral” en el referéndum revocatorio de agosto de 2008, cuando el partido de gobierno obtiene una victoria contundente con más del 66% de los votos<sup>24</sup>; un segundo momento de “confrontación militar” en septiembre del mismo año, con el intento de “golpe de estado cívico-prefectural”, que fue derrotado a través de una “movilización articulada entre los movimientos sociales y las fuerzas armadas”<sup>25</sup>; y un tercer momento en octubre, con la marcha popular para exigir la culminación del proceso constituyente y la convocatoria a referéndum constitucional.

El resultado de todo esto sería, siguiendo a García Linera, la derrota histórica, política y cultural de las “antiguas clases dominantes” y la “consolidación de un nuevo bloque de poder”. La aprobación en referéndum de la nueva Constitución Política del Estado en enero de 2009 y la reelección presidencial de Evo Morales en los comicios de diciembre del mismo año, cierran el ciclo de transición estatal y dan inicio a una nueva etapa.

El primer periodo de gobierno de Evo Morales (2006-2009) se cierra con la instauración de una nueva hegemonía democrática, que se sustenta en el apoyo social masivo a las nuevas categorías que caracterizan al nuevo proyecto de país: estado plurinacional, democracia participativa, estado descentralizado y autonómico, nuevo modelo de desarrollo y soberanía nacional.

El actual bloque de poder político ha conseguido afianzar el contenido teórico de estas categorías que componen la actual carta democrática, pero no ha podido sortear sustanciales errores y contradicciones en su materialización práctica. Los indudables avances en el campo de la construcción del Estado plurinacional, con la inclusión social, cultural y simbólica de las mayorías indígenas, todavía no han conseguido incidir eficazmente en la sustitución del viejo Estado “liberal, representativo y monocultural” (Tapia, 2010b), por la nueva estructura institucional plural. La activación de dinámicas de participación social a lo largo del primer quinquenio de gobierno –deudoras de la inercia del ciclo rebelde (2000-2005)-, han dotado al nuevo modelo democrático de una concepción que trasciende la mera representatividad, pero sin acercarse a la prometida “democracia comunitaria”, que hoy día es un recurso fundamentalmente retórico<sup>26</sup>.

---

<sup>23</sup> El concepto de ‘punto de bifurcación’ García Linera lo toma del “profesor de física Ilya Prigogine, quien estudio los sistemas alejados del punto de equilibrio. Él vio que, a partir de cierto tiempo, estos sistemas alejados del punto de equilibrio pueden dar lugar a un nuevo orden. A este punto de conversión del desorden del sistema en orden y estabilización del sistema, Prigogine le llamó: punto de bifurcación”. En la medida, “en que ninguna sociedad puede vivir perpetuamente en un estado de lucha generalizada y antagonizada por el poder, la sociedad, más pronto que tarde, ha de inclinarse por la estabilización del sistema o construcción de un orden estatal que devuelva la certidumbre a las estructuras de dominación y conducción política. A este momento histórico específico, fechable, a partir del cual el Estado se estabiliza, le denominaremos punto de bifurcación” (García Linera, 2010: 34).

<sup>24</sup> Los resultados del referéndum revocatorio de Presidente y Vicepresidente “modificaron la correlación de fuerzas”: el Presidente se consolidó con más de dos tercios de los votos, dos prefectos opositores fueron revocados, y lo más “decisivo”: “la media luna como proyecto alterno de poder nacional desapareció del mapa electoral porque el gobierno logró la victoria en decenas de provincias y barrios populares de Santa Cruz, Tarija, Beni y Pando” (García Linera, 2010: 37)

<sup>25</sup> Tras la derrota en el referéndum de agosto, “el bloque cívico-prefectural conservador inició una escalada golpista”, con la ocupación y el saqueo de instituciones públicas, aeropuertos y ductos. La pérdida de legitimidad ante sus bases sociales provocada por la violencia desatada y la contraofensiva popular terminaron derrotando el golpe (García Linera, 2010: 39).

<sup>26</sup> Casi todas las personas entrevistadas (Wanderley, 2010, Tapia, 2010b, Puente, 2010, Stefanoni, 2010) han coincidido en señalar la carga fundamentalmente retórica de la reivindicación comunitaria y su incidencia aislada y minoritaria en territorios indígenas dispersos.



El Ejecutivo ha incluido las múltiples demandas autonomistas en el nuevo proyecto democrático y ha impulsado la primera ley marco de descentralización, pero el conflicto se mantiene por las percepciones radicalmente antagónicas entre los actores principales: gobierno central, prefecturas de oposición y pueblos indígenas. La promesa de un Estado más interventor se está cumpliendo en gran medida a través, principalmente, de la secuencia de nacionalizaciones y la creación de nuevas empresas estatales, pero el impulso a la “economía comunitaria” es más bien un artefacto discursivo que una política pública.

El segundo periodo de gobierno, tras la derrota política de la elite oriental, se ha caracterizado por el conflicto al interior del bloque de poder hegemónico, donde han surgido de manera fragmentada, grupos dispersos con proyección opositora y reivindicaciones de profundización democrática. Se está evidenciando una ‘tensión democrática’ en algunos ejes estratégicos: tensiones entre demandas de participación y consulta popular y prácticas autoritarias del Estado, tensiones entre reivindicaciones de descentralización y desconcentración del poder y fuertes inercias centralistas, y tensiones entre exigencias de corte ambientalista y orientaciones económicas desarrollistas<sup>27</sup>.

## 6. Conclusiones

La primera conclusión que podemos extraer del actual momento histórico que vive Bolivia es la constatación de que a lo largo de esta primera década del siglo XXI, tras la superación del ‘ciclo rebelde’ (2000-2005) y la consolidación del gobierno del Movimiento Al Socialismo liderado por Evo Morales, se ha instaurado con notable solidez un nuevo proyecto democrático en sustitución del viejo modelo que ejerció su dominio político durante casi dos décadas. El proyecto neoliberal ha sido desplazado en términos de hegemonía democrática, por un nuevo proyecto de país sustentado en una concepción ‘nacional-popular’ e ‘indígena-popular’. Esta hegemonía se ha fortalecido aún más tras la victoria en las elecciones de diciembre de 2009, con la reelección presidencial de Evo Morales con más del 64% de los sufragios y la obtención por parte del MAS de más de dos tercios de los escaños parlamentarios.

En segunda instancia debemos señalar que el nuevo modelo democrático que actualmente detenta la hegemonía, se sustenta en importantes categorías que provienen de anteriores experiencias de democratización y las combina con nuevos ingredientes que permiten dotarle al nuevo proyecto de un rostro más novedoso, transformador y rupturista. El presente modelo rescata algunos de los pilares básicos del ensayo democratizador que supuso el nacionalismo revolucionario y desarrollista, como la centralidad del Estado interventor, la masiva participación social de las clases subalternas, y la política de redistribución de la riqueza. A su vez, incorpora nuevas categorías como la pretensión de construir un Estado plurinacional y multicultural, la apuesta por la desconcentración del poder a través de un modelo autonómico (regional, municipal e indígena), y la promesa del respeto escrupuloso al medio ambiente.

Por último, resulta evidente que el actual ensayo democratizador no escapa a notables contradicciones y ‘tensiones democráticas’, que se han acentuado sustancialmente desde el inicio del ejercicio del segundo periodo de gobierno, desde principios del año 2010. Se percibe una creciente colisión al interior del bloque de poder hegemónico, entre reivindicaciones de profundización democrática y tendencias de corte autoritario. Esto ha provocado el surgimiento, dentro del bloque del cambio, de sectores de oposición interna que hasta el momento habían sido parte del conglomerado de movimientos sociales que habían sostenido al gobierno ‘masista’. La reacción de la cúpula gubernamental, en algunos casos, se ha traducido en un manejo sumamente

---

<sup>27</sup> La metodología poco participativa en la selección de candidatos del MAS para las elecciones municipales de abril de 2010, la confrontación con la CIDOB y algunos pueblos indígenas del Oriente, el conflicto con Potosí, y la carretera del TIPNIS son algunas de las ‘tensiones democráticas’ más significativas de este periodo.

arriesgado de una lógica de confrontación y estigmatización del 'enemigo interno'. En consecuencia, parece claro que la coyuntura política seguirá estando marcada por la mayor o menor habilidad de la dirección del gobierno para reconducir los conflictos con la oposición interna.

## Bibliografía:

- ACOSTA, Alberto (2009a). "El Estado Plurinacional, puerta para una sociedad democrática" en Acosta, Alberto y Martínez, Esperanza. *Plurinacionalidad. Democracia en la diversidad*. Quito. Abya-Yala.
- ALBÓ, Xavier; BARNADAS, Josep (1990). *La cara india y campesina de nuestra historia*. La Paz. Unitas-Cipca.
- ALBÓ, Xavier (2008). *Movimientos y poder indígena en Bolivia, Ecuador y Perú*. La Paz. Cipca.
- BONFIL BATALLA, Guillermo (1992). "Diversidad y democracia: un futuro necesario", en *Casa de las Américas*, vol. XXXII, nº 186, enero-marzo. La Habana.
- BORÓN, Atilio (1997). *Estado, Capitalismo y Democracia en América Latina*. Oficina de Publicaciones del CBC. Universidad de Buenos Aires.
- CÉSPEDES, Augusto (2000). *Sangre de mestizos*. La Paz. Librería Editorial Juventud.
- DI FRANCO, Alberto (1986). Paz Estenssoro. "Del nacionalismo revolucionario a la política fondomonetarista en Bolivia", en *Historia de América en el siglo XX*. Buenos Aires. Centro Editor de América Latina.
- DÍAZ POLANCO, Héctor (2005). "Los dilemas del pluralismo", en Dávalos, Pablo (comp.) *Pueblos indígenas, estado y democracia*. Buenos Aires. CLACSO.
- DO ALTO, Hervé (2007). "El MAS-IPSP boliviano, entre la protesta callejera y la política institucional" en *Do alto, Stefanoni y Monasterios. Reinventando la nación en Bolivia. Movimientos sociales, Estado y poscolonialidad*. La Paz. CLACSO-Plural.
- ERREJÓN, Iñigo (2008). "La crisis estatal en Bolivia. De la llegada al gobierno del movimiento al socialismo a los referendos revocatorios", en *Papeles de Trabajo 'América Latina Siglo XXI'*.
- GARCÍA LINERA, Álvaro (2006). "El Evismo: lo nacional-popular en acción", en *OSAL*, año VI, nº 19, enero-abril. CLACSO.
- GARCÍA LINERA, Álvaro (2008a). "La lucha por el poder en Bolivia", en *García Linera, Álvaro. La potencia plebeya. Acción colectiva e identidades indígenas, obreras y populares en Bolivia*. Buenos Aires. Prometeo Libros-CLACSO.
- GARCÍA LINERA, Álvaro (2008b). "Indianismo y marxismo: el desencuentro de dos razones revolucionarias", en *García Linera, Álvaro. La potencia plebeya. Acción colectiva e identidades indígenas, obreras y populares en Bolivia*. Buenos Aires. Prometeo Libros-CLACSO.
- GARCÍA LINERA, Álvaro (2008c). "La muerte de la condición obrera del siglo XX. La marcha minera por la vida", en *García Linera, Álvaro. La potencia plebeya. Acción colectiva e identidades indígenas, obreras y populares en Bolivia*. Buenos Aires. Prometeo Libros-CLACSO.
- GARCÍA LINERA, Álvaro (2008d). "Sindicato, multitud y comunidad. Movimientos sociales y formas de autonomía política en Bolivia", en *García Linera, Álvaro. La potencia plebeya. Acción colectiva e identidades indígenas, obreras y populares en Bolivia*. Buenos Aires. Prometeo Libros-CLACSO.
- GARCÍA LINERA, Álvaro (2008e). "Crisis de Estado y sublevaciones indígena-plebeyas en Bolivia", en *García Linera, Álvaro. La potencia plebeya. Acción colectiva e identidades indígenas, obreras y populares en Bolivia*. Buenos Aires. Prometeo Libros-CLACSO.

- GARCÍA LINERA, Álvaro (2008f). "Empate catastrófico y punto de bifurcación", en *Crítica y Emancipación (Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales)*, año 1, nº 1.
- GARCÍA LINERA, Álvaro (2010). "El estado en transición. Bloque de poder y punto de bifurcación", en *García Linera, Prada, Tapia y Vega. El Estado. Campo de lucha*. La Paz. CLACSO. Muela del Diablo. Comuna.
- GARRETON, Manuel Antonio (1991). "La democracia entre dos épocas. América Latina 1990", en *Revista Paraguaya de Sociología*, nº 80, enero-abril.
- GONZÁLEZ CASANOVA, Pablo (1992). "La crisis del Estado y la lucha por la democracia en América Latina", en *González Casanova, Pablo y Roitman, Marcos. La democracia en América Latina: actualidades y perspectivas*. Madrid. Editorial Complutense.
- GUTIÉRREZ, Raquel (2008). *Los ritmos del Pachackuti*. La Paz. Ediciones Yachaywasi.
- HARNECKER, Marta; FUENTES, Federico (2008). *MAS-IPSP de Bolivia. Instrumento Político que surge de los movimientos sociales*. Caracas. Centro Internacional Miranda.
- HUASCAR, Fundación (2002). *Así fue la revolución*. La Paz. MNR.
- IGLESIAS, Pablo; ESPASANDÍN, Jesús; ERREJÓN, Iñigo (2007). "Volvieron y fueron millones. Apuntes sobre el proceso constituyente boliviano desde una mirada global". *Ponencia presentada al VIII Congreso de la AECPA GT22 'Los determinantes del giro a la izquierda en América Latina'*.
- KARL, Terry; SCHMITTER, Philippe (1991). "Modos de transición en América Latina, Europa del Sur y Europa", en *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, nº 128, junio.
- KLEIN, Herbert (2001). *Historia de Bolivia*. La Paz. Librería Editorial G.U.M.
- KRAUZE, Enrique (1986). *Por una democracia sin adjetivos*. México. Joaquín Moritz y Planeta.
- KRAUZE, Enrique (2003). "El destino de América Latina", en *Fundación Internacional para la Libertad. Seminario Internacional: Las amenazas a la democracia en América Latina: Terrorismo, Neopopulismo y Debilidad del Estado de Derecho*. Bogotá. <http://www.fundacionfil.org/articulos/ponenciaskrauze.htm>
- LANDER, Edgardo (1996). *La democracia en las Ciencias Sociales latinoamericanas contemporáneas*. Caracas. BN. FACES-UCV.
- LANZ, Rigoberto (1998). "Esa incomoda posmodernidad", en *Follari, Roberto y Lanz, Rigoberto. Enfoques sobre la posmodernidad en América Latina*. Caracas. Editorial Sentido.
- LECHNER, Norbert (1990). "De la revolución a la democracia", en *Lechner, N. Los patios interiores de la democracia*. México. FCE.
- MAMANI, Pablo (2004). *El rugir de las multitudes*. La Paz. Ediciones Yachaywasi.
- MAMANI, Gumersindo (2010). *Entrevista personal*. 17-08-2010. El Alto.
- MIRES, Fernando (2000). "Liberalismo contra liberalismo", en *ALAI*. [http://alainet.org/active/show\\_text.php3?key=949](http://alainet.org/active/show_text.php3?key=949)
- MONTANER, Carlos Alberto (2000). *Liberalismo y neoliberalismo en una lección*. Instituto Jacques Maritain. Miami. <http://www.liberalismo.org/articulo/84/>
- MONTENEGRO, Carlos (2003). *Nacionalismo y coloniaje*. La Paz. Editorial Juventud.
- O'DONNELL, Guillermo (1992). "Democracia delegativa", en *Cuadernos del Claeh*, nº 17. Montevideo.
- PATZI, Félix (2007). *Insurgencia y sumisión. Movimientos sociales e indígenas*. La Paz. Ediciones Driva.
- PRADA, Raúl (2008). "Análisis de la nueva Constitución Política del Estado", en *Crítica y Emancipación*, año 1, nº 1. Buenos Aires.
- PRADA, Raúl (2010). "Umbrales y horizontes de la descolonización", en *García Linera, Prada, Tapia y Vega. El Estado. Campo de lucha*. La Paz. CLACSO. Muela del Diablo. Comuna.
- PUENTE, Rafael (2010). *Entrevista personal*. 23-08-2010. Cochabamba.

- REINAGA, Fausto (2001). *La Revolución India*. La Paz. Ediciones Fundación Amautica.
- RIVERA, Silvia (2003). *Oprimidos pero no vencidos. Luchas del campesinado aymara y quechua. 1900-1980*. La Paz. Editorial del THOA.
- ROITMAN, Marcos (2001). *Las razones de la democracia en América Latina*. Madrid. Sequitur.
- SECO, José María; RODRÍGUEZ, Rafael (2007). "Hegemonía y democracia en el siglo XXI: ¿Por qué Gramsci?", en *Cuadernos Electrónicos de filosofía del derecho*, nº 15, pp. 1-14.
- SIVAK, Martín (2008). Jefazo. *Retrato íntimo de Evo Morales*. Santa Cruz. Editorial El País.
- STEFANONI, Pablo; DO ALTO, Hervé (2007). *De la coca al palacio. El triunfo de Evo Morales*. Manuscrito facilitado por los autores.
- STEFANONI, Pablo (2007). "Siete preguntas y siete respuestas sobre la Bolivia de Evo Morales", en *Nueva Sociedad*, nº 209, mayo-junio.
- STEFANONI, Pablo (2010). *Entrevista personal*. 18-08-2010. La Paz.
- TAPIA, Luis (2010a). "El Estado en condiciones de abigarramiento", en *García Linera, Prada, Tapia y Vega. El Estado. Campo de lucha*. La Paz. CLACSO. Muela del Diablo. Comuna.
- TAPIA, Luis (2010b). *Entrevista personal*. 18-08-2010. La Paz.
- TORRES RIVAS, Edelberto (2002). "Personajes, ideologías y circunstancias. Lo socialdemócrata en Centroamérica", en *Nueva Sociedad*, nº 180-181, julio-agosto; sept-oct. Caracas.
- UHARTE, Luis Miguel (2009). "La fertilidad teórica del debate democrático en América Latina", en *Revista de Historia Actual Online*, nº 20, pp. 167-185. Cádiz.
- VARGAS LLOSA, Mario (2001). "El discreto encanto del liberalismo", en *El País*, 14 de junio.  
<http://www.caretas.com.pe/2001/1674/columnas/mvll.phtml>
- WANDERLEY, Fernanda (2010). *Entrevista personal*. 17-08-2010. La Paz.
- WHITEHEAD, Lawrence (2001). "Bolivia, 1930-1990", en *Bethell, L. (ed.). Historia de América Latina. Vol. 16. Los Países Andinos desde 1930*. Barcelona. Editorial Crítica.
- ZAVALETA, René (1981). "Consideraciones generales sobre la historia de Bolivia (1932-1971)", en *González Casanova, Pablo (coord.). América Latina. Historia de medio siglo. 1. América del Sur*. México. Siglo XXI".
- ZAVALETA, René (1986). *Lo nacional-popular en Bolivia*. La Paz. Plural.
- ZAVALETA, René (1995). *La caída del MNR y la conjuración de noviembre*. La Paz. Editorial Los Amigos del Libro.